

(pues los alquileres eran muy baratos en la época en que él vivió en este barrio), á fin de estar cerca de los colegios y de vigilar la educación de sus hijos. Por otra parte, el estado en que se encontraban las habitaciones había decidido necesariamente al propietario á mostrarse complaciente, y, sin ser tachado de loco, el señor de Espard había podido hacer en su casa algunos gastos para establecerse en ella convenientemente. La elevación de las habitaciones, su disposición, sus puertas, de las cuales sólo subsistían los quicios, los adornos de los techos, y, en una palabra, todo respiraba esa grandeza que el sacerdocio ha impreso siempre á las cosas emprendidas ó empleadas por él y que los artistas encuentran hoy en los más ligeros fragmentos que de aquéllas subsisten, aunque sólo sea un libro, un traje, una estantería de biblioteca ó algún sofá. Las pinturas que había ordenado hacer el marqués tenían esos tonos oscuros á que tan aficionados son en Holanda, que tanto gustaban á la antigua clase media parisiense y que sirven hoy á los pintores para producir hermosos efectos. Los testers estaban empapelados de un modo que armonizaba con las pinturas. Las ventanas tenían cortinas de tela barata, pero escogidas de modo que produjesen un efecto harmónico con el aspecto general. Los muebles eran escasos y estaban bien distribuídos. Cualquiera que entrase en esta morada no podía menos de experimentar un sentimiento grato y apacible inspirado por la calma profunda y por el silencio que allí reinaba y por la modestia y la unidad del color. Una cierta nobleza en los detalles, la exquisita limpieza de los muebles, una armonía perfecta entre las cosas y las personas, todo parecía traer á los labios la palabra *suave*. Pocas personas eran recibidas en estas habitaciones ocupadas por el marqués y sus dos hijos, cuya existencia podía parecer misteriosa á todo el vecindario. En uno de los cuerpitos del edificio que dan á la calle, en el tercer piso, existían tres grandes cuartos, que permanecían en el estado de deterioro y de desnudez grotesca en que los había dejado la imprenta. Estas tres piezas, destinadas á la explotación de la *Historia pintoresca de la China*, estaban dispuestas de manera que contenían un despacho, un almacén y un cuartito donde permanecía el señor de Espard durante una parte de la mañana, pues desde después de almorzar hasta las cuatro de la tarde, el marqués permanecía en otro despa-

cho situado en el tercer piso, á fin de ocuparse de la publicación que había llevado á cabo. Las personas que iban á verle le encontraban generalmente allí. Sus hijos subían también frecuentemente á este despacho al salir del colegio. La habitación del piso bajo formaba, pues, un santuario que el padre y los hijos ocupaban desde la hora de comer hasta el día siguiente. De este modo, su vida de familia estaba completamente incomunicada. Por todo servicio, tenían una cocinera, mujer vieja que servía hacia ya muchos años en su casa, y un ayuda de cámara, de cuarenta años, que estaba á su servicio ya antes de casarse con la señorita de Blamont-Chauvry. El aya de los niños permanecía también á su lado, y los detalles minuciosos que esta mujer empleaba en el arreglo de las habitaciones y en el cuidado de los niños, demostraban su amor maternal por los intereses de su amo. Graves y poco comunicativos, estos tres criados parecían haber comprendido el pensamiento que presidía la vida interior del marqués. Este contraste entre sus costumbres y las de la mayor parte de los criados constituía una rareza, además que contribuía á dar á aquella casa un aire misterioso y á que la calumnia levantada contra el señor de Espard tuviese donde hacer presa. Motivos muy laudables le habían movido á no relacionarse para nada con los inquilinos de la casa. Al tomar á su cargo la educación de sus hijos, deseó librarles de todo contacto con personas extrañas. Sin duda quería evitar de este modo las molestias y disgustos de tener vecinos. En un hombre de su calidad y en un tiempo en que el liberalismo imperaba, particularmente en el barrio latino, esta conducta tenía que levantar contra él pequeños rencores, malos sentimientos, cuya estupidez sólo es comparable á su bajeza y que daban origen á multitud de chismes y calumnias ignoradas completamente por el señor marqués y sus criados. Su ayuda de cámara pasaba por ser un jesuíta, su cocinera era una hipócrita y el aya se entendía con la señora Jeanrenaud para desplumar al loco. El loco era el marqués. Insensiblemente, los inquilinos llegaron á tachar de locura una porción de cosas observadas en el señor de Espard, cosas para los que no pudieron encontrar ellos motivos razonables. Creyendo muy poco en el éxito de su publicación acerca de la China, el vecindario acabó por persuadir al propietario de la casa de que el señor de Espard no tenía un cuarto, en el momento

mismo en que, por un olvido que cometen con frecuencia las gentes ocupadas, había permitido que el administrador de contribuciones le enviase un segundo aviso para que efectuase el pago de recibos atrasados. Entonces el propietario le había reclamado el alquiler desde el primero de enero, enviando los recibos á la portera, recibos que ésta guardó en su poder. El día 15 se le remitió un segundo aviso, y habiendo tardado algunos días la portera en entregárselo al señor marqués de Espard, que creyó que este acto fuese algún error, pues no podía sospechar un proceder semejante por parte de un hombre en cuya casa vivía hacía doce años, el marqués fué requerido de embargo por un ujier, mientras que el ayuda de cámara iba á llevar el dinero á casa del propietario. Este embargo, contado insidiosamente á las personas con quienes él estaba en tratos para su obra, alarmó á algunos que dudaban ya de la solvencia del señor de Espard, á causa de las enormes sumas que le sacaban, según decían, el barón de Jeanrenaud y su madre. Por otra parte, las sospechas de los inquilinos, de los acreedores y del propietario estaban casi justificadas por la gran economía del marqués, el cual obraba como hombre verdaderamente arruinado. Los criados pagaban inmediatamente en el barrio cuantos objetos compraban, y tanto crédito habían adquirido los chismes calumniosos, que si hubiesen pedido cualquier cosa á crédito se la hubiesen negado. Existen comerciantes que gustan de parroquianos que les pagan mal, siempre que tengan con ellos relaciones constantes, mientras que odian á los buenos pagadores que se mantienen en actitud demasiado seria para permitirles ciertos roces. Los hombres son así. En casi todas las clases se concede al compadrazgo y á almas viles que saben halagar, facilidades y favores, que se niegan á gentes superiores y dignas. El tendero, que vocifera contra la corte, tiene también sus cortesanos. En fin, el proceder del marqués y de sus hijos tenía que engendrar odios en los vecinos y llevarles insensiblemente á ese grado de maldad que lleva á hacer cualquier cobardía, siempre que ésta dañe al adversario. El señor de Espard era noble como su mujer una gran dama: dos tipos magníficos, tan raros ya en Francia, que los pocos que quedan pueden contarse. Estos dos personajes poseían ideas primitivas, creencias, por decirlo así, innatas y hábitos adquiridos desde la infancia y que no existen ya. Para creer

en la sangre pura y en una raza privilegiada, para ponerse con el pensamiento por encima de los demás hombres ¿no es preciso haber medido desde la cuna el espacio que se para á los patricios del pueblo? Para mandar ¿no es necesario no haber conocido nunca iguales? ¿no es necesario, en fin, que la educación inculque las ideas que la naturaleza inspira á los grandes hombres á quienes ha puesto una corona en la frente antes de que su madre haya depositado un beso en la misma? Estas ideas y esta educación no son ya posibles en Francia, donde hace ya cuarenta años que la casualidad se ha arrogado el derecho de hacer nobles, marcándolos con la sangre derramada en el campo de batalla, dorándolos con la gloria, coronándolos con la aureola del genio; donde la abolición de las instituciones y los mayorazgos, desmenuzando las herencias, obliga al noble á ocuparse de sus asuntos en lugar de ocuparse de los asuntos del Estado, y donde la grandeza personal sólo puede ser una grandeza adquirida después de largos y continuos trabajos: era completamente nuevo. Considerado como un resto de aquel gran cuerpo llamado feudalismo, el señor de Espard merecía respetuosa admiración. Si creía en que unos hombres tenían sangre superior á otros, creía asimismo en todas las obligaciones de la nobleza; poseía las virtudes y la fuerza que ésta exige, había educado á sus hijos en sus principios y les había enseñado desde la cuna la religión de su casta. Una convicción profunda de su dignidad, el orgullo del nombre y la certeza de ser grandes por sí mismos, engendraron en ellos una arrogancia regia, el valor de los paladines y la bondad protectora de los señores castellanos. Sus modales, en armonía con sus ideas, y que hubieran parecido bellos en un principio, herían á todo el mundo en la calle de la Montagne-Sainte-Genevieve, país de igualdad, si alguna vez hubo alguno, donde se creía, por otra parte, arruinado al señor de Espard y donde, desde el más grande hasta el más pequeño, negaban los privilegios de la nobleza á un noble sin dinero, fundándose en la misma razón que les permite usurparlos á los plebeyos enriquecidos. De modo que la falta de comunicación entre esta familia y sus vecinos existía, no sólo en la parte física, sino también en la parte moral.

El exterior y el alma estaban en armonía, lo mismo en el padre que en los hijos. El señor de Espard, que contaba á la

sazón cincuenta años, hubiera podido servir como modelo de la aristocracia nobiliaria del siglo xix. Era delgado y rubio, y su rostro tenía esa distinción nativa en el corte y en la expresión general que anunciaba los sentimientos elevados; pero al mismo tiempo denotaba una frialdad calculada que imponía un tanto de respeto. Su nariz aguileña, torcida de derecha á izquierda por la punta, ligera desviación que no carecía de gracia, sus ojos azules, su frente despejada y bastante saliente hacia las cejas para formar un espeso cordón que detenía la luz sombreando los ojos, indicaban en él la existencia de un espíritu recto, susceptible de perseverancia y una gran lealtad; pero daban al mismo tiempo un aire extraño á su fisonomía. Aquella oblicuidad de la frente parecía confirmar, en efecto, la locura, y sus espesas y unidas cejas robustecían aún más esta creencia. Tenía las manos blancas y cuidadas de los nobles, y sus pies eran estrechos y de empeine alto. Su hablar indeciso, no sólo en la pronunciación, que se parecía á la de un testarudo, sino también en la expresión de las ideas, y su pensamiento y su palabra, causaban en el espíritu del auditor el efecto de un hombre que va y viene, que repara en minuciosidades, que lo toca todo, que se interrumpe en sus gestos y que no acaba nada. Este defecto, puramente exterior, contrastaba con la decisión de su boca llena de firmeza y con el carácter enérgico de su fisonomía. Su paso, bastante refrenado, estaba en perfecta armonía con su manera de hablar. Estas rarezas contribuían á confirmar su pretendida locura. A pesar de su elegancia, usaba en su persona una sistemática economía, y llevaba durante cuatro años la misma levita negra, cepillada con extremo cuidado por su antiguo ayuda de cámara. Respecto á los niños, ambos eran hermosos y estaban dotados de una gracia que no excluía la expresión de cierto desdén aristocrático: tenían esa viva coloración, esa frescura de la mirada y esa transparencia de carnes que presagian las costumbres puras, la regularidad en el régimen de vida y en los trabajos y diversiones. Ambos tenían cabellos negros y ojos azules y la nariz torcida como su padre; pero sin duda su madre les había transmitido esa dignidad de palabra, de mirada y de modales, hereditaria en los Blamont-Chauvry. Su voz, fresca como el cristal, poseía el don de conmover y esa suavidad que ejerce tan grandes seducciones; en fin, tenían la voz que una mujer hubiera querido oír después de haber sido acari-

ciada por la llama de sus miradas. Uno y otro conservaban sobre todo la modestia de su arrogancia, una casta reserva y un *noli me tangere*, que más tarde hubiera podido parecer un efecto del cálculo, tan grande era el deseo de conocerles que inspiraba su actitud. El mayor, el conde Clemente de Negrepelisse, entraba ya en el décimosexto año de su vida, y hacía ya dos años que había dejado de llevar la bonita blusa que aún llevaba su hermano el vizconde Camilo de Espard. El conde, que hacía ya unos seis meses que no iba al colegio de Enrique IV, iba vestido como un joven entregado á los primeros goces que procura la elegancia. Su padre no había querido hacerle estudiar inútilmente un año de Filosofía, y procuraba darle aquellos conocimientos que se relacionan con las matemáticas superiores. Al mismo tiempo, el marqués le enseñaba las lenguas orientales, el derecho diplomático de Europa, heráldica y la historia estudiada en las grandes fuentes, en los documentos auténticos. Camilo había empezado recientemente el curso de Retórica.

El día en que Popinot se propuso interrogar al marqués de Espard, fué un jueves, día de asueto. Antes de que su padre se despertase, á eso de las nueve, los dos hermanos jugaban en el jardín. Clemente se oponía débilmente á las instancias de su hermano, que deseaba ir al tiro por primera vez y que le rogaba apoyase su petición ante el marqués. El vizconde abusaba siempre un poco de su debilidad y experimentaba frecuentemente especial placer en luchar con su hermano. Ambos se pusieron, pues, á disputar y á pelearse como escolares. Corriendo uno detrás del otro por el jardín, hicieron bastante ruido para despertar á su padre, el cual salió á la ventana, sin que ellos lo viesen á causa del calor con que estaban engolfados en la lucha. El marqués se complació en contemplar á sus dos hijos, que se entrelazaban como las serpientes y mostraban sus cabezas animadas por el desarrollo de sus fuerzas; sus rostros estaban blancos y rosáceos, sus ojos lanzaban llamas, sus miembros se retorcían como cuerdas puestas al fuego, y ambos caían, se levantaban, se abrazaban como dos atletas en un circo y causaban á su padre una de esas dichas que bastarían para recompensar las penas más atroces de una vida agitada. Dos personas, la una del primer piso y la otra del segundo, se asomaron á las ventanas del jardín y no tardaron en decir que el viejo loco se entretenía en hacer pelear á sus hijos. Inmediatamente,

varias cabezas aparecieron en otras ventanas; el marqués lo vió, dijo una palabra á sus hijos, que saltaron inmediatamente por la ventana y se introdujeron en su cuarto, y Clemente obtuvo en seguida el permiso pedido por Camilo. Pero en toda la vecindad no se habló ya en todo el día más que del nuevo género de locura del marqués.

Quando Popinot se presentó, á eso del mediodía, acompañado del escribano, á la puerta de esta casa donde preguntó por el señor de Espard, la portera le condujo al tercer piso, y al mismo tiempo le contó por el camino que el señor de Espard había mandado pelearse á sus dos hijos aquella mañana y que se reía como un monstruo al ver que el menor mordía al mayor hasta hacerle sangre.

—¿Y cómo va á saber una el objeto que persigue, cuando yo creo que no lo sabe él mismo? añadió la portera.

En el momento en que esta mujer decía al juez estas palabras decisivas, llegaban al descansillo del tercer piso, frente á una puerta plagada de carteles que anunciaban las entregas sucesivas de la *Historia pintoresca de la China*. Este descansillo fangoso, aquella barandilla sucia, aquella puerta en que la imprenta había dejado sus estigmas, aquella ventana ruinosa, los techos en donde los aprendices se habían entretenido en dibujar monstruosidades con la humeante llama de las bujías, los montones de papeles y de inmundicias arrinconados á intento ó por descuido, en una palabra, todos los detalles del cuadro que la casa ofrecía á las miradas, estaban tan en consonancia con los hechos alegados por la marquesa, que el juez, á pesar de su imparcialidad, no pudo menos de darles fe.

—Ya hemos llegado, señores, dijo la portera. He aquí la manufactura donde los chinos se comen sumas con las cuales se podría alimentar á todo el barrio.

El escribano miró al juez sonriendo, y Popinot tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse serio. Ambos entraron en el primer cuarto, donde se encontraba un anciano que desempeñaba sin duda el papel de mozo de almacén y de cajero. Este anciano era el maese Jacobo de la China. Largas tablas, sobre las que estaban amontonadas las entregas publicadas, llenaban las paredes de este cuarto. En el fondo, un tabique de madera, adornado interiormente de cortinas verdes, formaba un despacho, y una ventanilla destinada á recibir ó á dar dinero, indicaba el sitio de la caja.

—¿El señor de Espard? dijo Popinot dirigiéndose á aquel hombre vestido con una blusa gris.

El mozo de almacén abrió la puerta del segundo cuarto, donde el magistrado y su escribano vieron á un venerable anciano de cabellos blancos, condecorado con la cruz de San Luis, vestido con sencillez y sentado ante una mesa, el cual anciano cesó de comparar unas hojas de colores, para mirar á los recién llegados. Aquella pieza era un modesto despacho lleno de libros y de pruebas, y en ella se veía además una mesa de madera negra, donde sin duda acostumbraba á trabajar una persona ausente á la sazón.

—Caballero ¿es usted el señor marqués de Espard? dijo Popinot.

—No, señor, respondió el anciano levantándose. ¿Qué le quieren ustedes? añadió aproximándose á ellos y demostrando en su actitud modales elevados y gestos debidos á la educación de un noble.

—Deseábamos hablarle de asuntos que le son completamente personales, respondió Popinot.

—De Espard, hay aquí unos señores que preguntan por tí, dijo entonces este personaje, entrando en la última pieza, donde el marqués estaba ocupado en leer periódicos sentado en el rincón de la chimenea.

Este último despacho tenía una alfombra usada, sus ventanas estaban provistas de cortinas de tela gris, y además se veían en él unas cuantas sillas de caoba, dos sofás, dos mesas despacho y sobre la chimenea un reloj y dos candelabros. El anciano acompañó á Popinot y á su escribano, les presentó dos sillas como si fuese el dueño de la casa, y el señor de Espard le dejó obrar. Después de los saludos respectivos, durante los cuales el juez examinó al pretendido loco, éste preguntó al juez cuál era el objeto de su visita. Al oír esto, Popinot miró al anciano y al marqués con aire bastante significativo, y después respondió:

—Señor marqués, creo que la naturaleza de mis funciones y el objeto que aquí me trae exigen que estemos solos, á pesar de que la ley dice que en estos casos los interrogatorios deben de recibir una especie de publicidad doméstica. Yo soy juez de primera instancia del departamento del Sena y estoy comisionado por el señor presidente para interrogar á usted acerca de los hechos alegados en una demanda de interdicción presentada por la marquesa de Espard.

El anciano se retiró. Cuando el juez y el marqués estuvieron solos, el escribano cerró la puerta y se estableció en la mesa despacho sin ceremonia, donde desplegó sus papeles y preparó su proceso verbal. Popinot no había cesado de mirar al marqués de Espard; observaba el efecto que le había producido aquella declaración, tan cruel para un hombre que está en su sano juicio. El marqués de Espard, cuyo rostro estaba ordinariamente pálido como lo son los rostros de las personas rubias, se puso súbitamente rojo de cólera; tuvo un ligero estremecimiento, se sentó, colocó el periódico sobre la chimenea y bajó los ojos. Mas no tardó en recobrar la dignidad del gentil hombre, y contempló al juez, como para buscar en su fisonomía los indicios de su carácter.

—Caballero ¿cómo es que no he sido avisado de semejante demanda? le preguntó.

—Señor, las personas cuya interdicción se pide, están reputadas de locura, y, por lo tanto, todo aviso sería inútil. El deber del tribunal es averiguar, ante todo, si lo que alegan los demandantes es cierto.

—Nada más justo, respondió el marqués. Pues bien, señor, ¿quiere usted indicarme lo que debo hacer?

—No tiene usted más que responder á mis preguntas, sin omitir ningún detalle. Por delicadas que sean las razones que le hayan llevado á usted á obrar de manera de dar á la señora de Espard el pretexto para hacer su demanda, hable usted sin miedo. Es inútil hacerle observar que la magistratura sabe sus deberes, y que en semejante circunstancia el secreto más profundo...

—Caballero, dijo el marqués cuyo rostro acusó un dolor verdadero, si de mis acusaciones resultase alguna censura acerca de la conducta llevada por la señora de Espard, ¿qué sucedería?

—Que el tribunal expresaría esa censura en las causas de la sentencia.

—¿Y esa censura se haría facultativa? Si yo estipulase con usted, antes de responderle, que no se declarará nada ofensivo para la señora de Espard, en el caso de que su sentencia me sea favorable ¿atendería el tribunal mi ruego?

El juez miró al marqués, y aquellos dos hombres cambiaron entonces pensamientos que competían en nobleza.

—Natividad, dijo Popinot á su escribano, retírese á la otra habitación. Si me hace usted falta, ya le llamaré.

Y una vez que el escribano se hubo retirado, el juez continuó de esta suerte dirigiéndose al marqués:

—Caballero, si, como estoy en este momento dispuesto á creer, existen en este asunto errores, puedo prometerle que, á instancias de usted, el tribunal obraría con cortesía. Existe un hecho, alegado por la marquesa de Espard, que es el más grave de todos, y acerca del cual le ruego á usted que me instruya, dijo el juez después de una pausa. Se trata de la disposición de su fortuna en provecho de la señora Jeanrenaud, viuda de un conductor de barcos, ó, mejor dicho, en provecho de su hijo el coronel, á quien se dice que ha dado usted carrera, por quien agotó usted el favor que gozaba con el rey, y al cual ha protegido usted hasta el extremo de procurarle un buen matrimonio. La demanda da á entender que esta amistad traspasa los límites de todo género de sentimientos, hasta los que la moral reprueba...

Súbita indignación coloreó el rostro y la frente del marqués, á cuyos ojos asomaron las lágrimas humedeciendo sus pestañas; pero inmediatamente, un justo orgullo reprimió este exceso de sensibilidad, que pasa en los hombres por debilidad.

—Caballero, dijo el marqués con voz alterada, á decir verdad, me pone usted en un terrible aprieto. Los motivos de mi conducta estaban condenados á morir conmigo. Para hablar de ellos, tengo que descubrirle á usted llagas secretas, entregarle el honor de mi familia y hablar de mí cosas que, como usted comprenderá, son muy delicadas. Espero, pues, señor, que el secreto quedará entre nosotros, y usted verá el modo de redactar la sentencia de manera que no figuren en ella para nada las declaraciones que voy á hacerle.

—Señor marqués, lo que usted pide es posible y procuraré hacerlo.

—Señor Juez, dijo el marqués de Espard, algún tiempo después de mi matrimonio, mi mujer hizo gastos tan grandes, que me vi obligado á pedir prestado. ¿Sabe usted cuál fué la situación de las familias nobles durante la Revolución? A mí no me había sido posible tener administrador ni hombre alguno que me ayudase. Hoy todos los nobles se ven obligados á administrarse los bienes por sí mismos. La mayor parte de mis títulos de propiedad habían sido traídos á París del Languedoc, de Provenza y del Condado, por mi padre, que tenía, con bastante razón, los

disgustos que los títulos de familia y lo que se llamaba entonces los pergaminos de los privilegiados, traían á sus propietarios. Nuestro nombre de familia es Negrepelisse. De Espard es un título adquirido durante el reinado de Enrique IV mediante una alianza que nos procuró los bienes y los títulos de la casa de Espard, á condición de colocar sobre nuestras armas el escudo de los de Espard, antigua familia del Bearn, aliada con la casa de Albret, por medio de las mujeres: *de oro, con tres palos de sable, acuartelado de azul, con dos patas de grifo de plata con uñas de gules á modo de sotuer y por divisa el famoso: DES PARTEM LEONIS*. Durante aquella alianza, perdimos Negrepelisse, pequeña villa tan célebre en las guerras de religión como lo fué entonces el antepasado mío, que llevaba este nombre. El capitán de Negrepelisse quedó arruinado por el incendio de sus bienes, pues los protestantes no perdonaron á ningún amigo de Montluc. La corona fué injusta con el señor de Negrepelisse, que no obtuvo ni el grado de mariscal ni indemnizaciones ni mando alguno, pues el rey Carlos IX, que le quería, murió sin haber podido recompensarle; Enrique IV medió en su matrimonio con la señorita de Espard y le procuró los dominios de esta casa; pero todos los bienes de Negrepelisse habían pasado ya á manos de sus acreedores. Mi bisabuelo el marqués de Espard, tuvo, como yo, que encargarse de la administración de sus bienes, á causa de la muerte de su padre, el cual, después de haber disipado la fortuna de su mujer, no le dejó más que la casa de Espard, y aun ésta grabada con una viudedad. El joven marqués de Espard se encontró, pues, tanto más apurado cuanto que ocupaba un elevado cargo en la corte. Pero como contase con la amistad particular de Luis XIV, el favor que éste le dispensó fué para él un privilegio de fortuna. En esta época, señor, cayó sobre nuestro escudo una mancha desconocida, horrible, un estigma de lodo y sangre, que yo me he ocupado en lavar. Yo descubrí este secreto en los títulos relativos á la tierra de Negrepelisse y en los protocolos de correspondencia.

En este momento solemne, el marqués hablaba sin tartamudear, no se le escapaban ninguna de las repeticiones que le eran habituales; pero todo el mundo ha podido observar que las personas que en los casos ordinarios de la vida tienen esos dos defectos, se desembarazan de ellos en

el momento en que alguna pasión viva anima sus palabras.

—La revocación del edicto de Nantes tuvo lugar, repuso. Acaso ignora usted, señor, que, para muchos favoritos, fué esto una ocasión de hacer fortuna. Luis XIV dió á los grandes de su corte las tierras confiscadas de las familias protestantes que no se pusieron en regla para la venta de sus bienes. Algunas personas favorecidas fueron, como se decía entonces, á caza de protestantes. He adquirido la certeza de que la fortuna actual de dos familias ducales se compone de las tierras confiscadas á desgraciados negociantes. No le explicaré á usted, hombre de justicia, las maniobras empleadas para tender lazos á los refugiados que tenían grandes fortunas que poder llevar; bástele saber únicamente que la tierra de Negrepelisse, compuesta de veintidós parroquias y de derechos sobre la villa, y la de Gravenges, que en otro tiempo nos había pertenecido, se encontraban en manos de una familia protestante. Mi abuelo entró en posesión de ellas por donación que le hizo Luis XIV. Esta donación estaba basada en actos que indicaban una espantosa iniquidad. El propietario de estas dos tierras, creyendo que podía volver á Francia, había simulado una venta é iba á Suiza á unirse con su familia, á la cual había enviado allí delante de él. Sin duda deseaba aprovecharse de todas las dilaciones que concedía la real orden, á fin de arreglar los asuntos de su comercio. Aquel hombre fué detenido por orden del gobernador; el fideicomisario declaró la verdad; el pobre comerciante fué ahorcado y mi padre obtuvo las dos tierras. Hubiera deseado ignorar la parte que mi abuelo tomó en esta intriga; pero el gobernador era tío materno suyo, y yo, por desgracia, he leído una carta en la cual le rogaba que se dirigiese á Deodato, palabra convenida entre los cortesanos para hablar del rey. A propósito de la víctima, reina en esta carta un tono de broma que me causa horror. En fin, señor, las sumas enviadas por la familia refugiada para rescatar la vida del pobre hombre, fueron retenidas por el gobernador, el cual no por eso dejó de matar al negociante.

El marqués de Espard se detuvo como si estos recuerdos fuesen aún demasiado terribles para él.

—Aquel desgraciado se llamaba Jeanrenaud, repuso el marqués, y este nombre bastará para explicarle á usted mi conducta. Yo no he pensado nunca, sin profundo dolor, en la

vergüenza secreta que pesaba sobre mi familia. Aquella fortuna permitió á mi abuelo casarse con una Navarreins-Lansac, heredera de los bienes de aquella rama menor de los Navarreins, que era, á la sazón, mucho más rica que la mayor. Desde entonces, mi padre pasó á ser uno de los propietarios más considerables del reino, y pudo casarse con mi madre, que era una Grandlieu de la rama menor. Aunque mal adquiridos, estos bienes nos fueron de gran utilidad. Resuelto yo inmediatamente á reparar este mal, escribí á Suiza y no descansé hasta el momento que estuve sobre las huellas de los herederos del protestante. Acabé por saber que los Jeanrenaud, reducidos á la última miseria, habían salido de Fribourg y habían vuelto á vivir á Francia. Por fin, descubrí en el señor Jeanrenaud, sencillo teniente de caballería bajo Bonaparte, al heredero de aquella desgraciada familia. A mis ojos, señor, el derecho de los Jeanrenaud era claro. Para que la prescripción se establezca ¿no es preciso que los usurpadores puedan ser atacados? ¿A qué poder hubieran podido dirigirse los refugiados? Su tribunal estaba allá arriba, señor, ó mejor dicho, aquí, dijo el marqués colocándose la mano sobre el corazón. Yo no he querido que mis hijos puedan pensar de mí lo que yo he pensado de mis padres y de mis abuelos; he querido legarles una herencia y unos escudos sin mancha, y he procurado que la nobleza no fuese una mentira en mi persona. En fin, políticamente hablando, ¿los emigrados que reclaman contra las confiscaciones revolucionarias, deben seguir conservando bienes que son frutos de confiscaciones obtenidas mediante crímenes? En el señor Jeanrenaud y en su madre he encontrado dos seres de indómita probidad, y el que los oyese á ellos, creería que me espoliaban. A pesar de mis instancias, no han aceptado más que el valor que tenían las tierras el día que mi familia las recibió del rey. Este precio fué valorado entre nosotros, en la suma de un millón cien mil francos, suma que ellos me concedieron la facilidad de ir pagando á mi gusto y sin intereses. Para obtener este resultado, tuve que privarme de mis rentas durante mucho tiempo, y con este motivo empecé á perder algunas de las ilusiones que me había forjado acerca del carácter de la señora de Espard. Cuando yo le propuse abandonar París é irnos á provincias, donde con la mitad de sus rentas podríamos vivir honradamente y hacer así una restitución de que yo le hablé sin

explicarle la gravedad de los hechos, la señora de Espard me trató de loco, y entonces comprendí el verdadero carácter de mi mujer y me convencí de que ella hubiera aprobado sin escrúpulo la conducta de mi abuelo, y se hubiera burlado de los hugonotes. Asustado ante su frialdad y su poco cariño hacia sus hijos, á los que abandonaba sin pesar, resolví dejarle su fortuna después de haber pagado nuestras deudas comunes. «Después de todo, no le tocaba pagar á ella mis ridiculeces», según me dijo un día. Como no tuviese yo rentas suficientes para vivir y educar á mis hijos, me decidí á enseñarles yo mismo y á hacer de ellos hombres nobles y de corazón. Colocando algunos fondos en papel del Estado, pude ampararme más pronto de lo que esperaba, pues me aproveché de las ganancias que procuró el aumento de las rentas. Reservando cuatro mil francos para mis hijos y para mí, yo no hubiera podido pagar más que veinte mil escudos al año, lo cual hubiera exigido cerca de diez y ocho años para saldar mi deuda; mientras que del otro modo he satisfecho ya hoy el millón cien mil francos que debía y he tenido la dicha de haber hecho esa restitución sagrada, sin haber causado el menor daño á mis hijos. Esta es, señor, la razón de los pagos hechos á la señora Jeanrenaud y á su hijo.

—¿De modo que la señora marquesa conocía los motivos que le obligaron á usted á retirarse del mundo? dijo el juez contentiendo la emoción que le causó este relato.

—Sí, señor.

Popinot hizo un gesto muy expresivo, se levantó de pronto, y, abriendo la puerta del despacho, le dijo á su escribano:

—Natividad, váyase usted: Señor, repuso el juez, aunque lo que acaba usted de decirme baste para que yo esté al tanto de lo más esencial, desearía oírle respecto á los demás hechos alegados en la demanda. Al parecer, usted ha emprendido un negocio comercial impropio de un hombre de su calidad.

—Aquí nos sería imposible hablar de este asunto, dijo el marqués haciendo una seña al juez para que saliera. Nuvién, repuso dirigiéndose al anciano, voy abajo. Los niños volverán pronto y tú comerás con nosotros.

—Señor marqués, ¿de modo que no es suya esta habitación? dijo Popinot en la escalera.

—No, señor. He alquilado estos cuartos para establecer en ellos las oficinas de este negocio. Mire usted, repuso señalándole un anuncio que había en la puerta, esta historia se publica con el nombre de uno de los librereros más honrados de París, y no con el mío.

El marqués hizo entrar al juez en el piso bajo, diciéndole:

—Esta es mi casa, caballero.

Popinot quedó sorprendido al ver la poesía natural que respiraban aquellas viejas habitaciones. Hacía un tiempo magnífico; las ventanas estaban abiertas, el aire del jardín comunicaba al salón gratos perfumes vegetales, y los rayos del sol alegraban y animaban los maderos de la casa, un tanto oscuros de tono. Al entrar en aquella casa, Popinot comprendió que un loco no podía ser capaz de inventar la suave armonía que allí imperaba.

—Una casa así me haría á mi falta, pensó el juez para sus adentros. ¿Va usted á dejar pronto este barrio? preguntó al marqués.

—Lo espero, respondió éste, pero esperaré á que mi hijo menor haya acabado sus estudios y á que el carácter de ambos se haya formado por completo antes de introducirlos en el mundo al lado de su madre. Por otra parte, después de haberles dado la sólida instrucción que poseen, quiero completarla haciéndoles viajar por las capitales de Europa, á fin de que vean los hombres y las cosas y de que se acostumbren á hablar las lenguas que han aprendido. Señor, dijo haciendo tomar asiento al juez en el salón, no podía hablarle á usted de la publicación de la *Historia de la China* delante de un antiguo amigo de mi familia, del conde de Nuvión, que vuelve de la emigración sin fortuna alguna, y con el cual he hecho este negocio, más bien por él que por mí. Sin confiarle los motivos porque me hallaba retirado, le dije que estaba arruinado como él, pero que tenía aún dinero bastante para emplearlo en un negocio en el cual podía él ocuparse útilmente. Mi preceptor fué el abate Grozier, á quien por recomendación mía nombró Carlos X bibliotecario de la biblioteca del Arsenal. El abate Grozier poseía profundos conocimientos acerca de la China, de sus costumbres y de sus trajes, y me los había comunicado en una ocasión en que es difícil que un hombre sienta entusiasmo por lo que aprende. A los veinticinco años yo sabía el chino, y con-

fieso, que no pude menos de sentir gran admiración por ese pueblo, cuyos anales se remontan indudablemente á épocas anteriores á los tiempos mitológicos ó bíblicos, que han conquistado á sus conquistadores, que con sus instituciones inmutables conservó la integridad de su territorio, cuyos monumentos son gigantescos y cuya administración es perfecta, en el cual son imposibles las revoluciones, que ha juzgado el hermoso ideal como principio de arte infecundo y que ha llevado el lujo y la industria á un grado tan alto, que nosotros no podemos sobrepasarles, mientras que nos iguala en todo aquello en que nosotros nos creemos superiores á ellos. Pero, señor, si ocurre á veces que en broma comparo la situación de los estados europeos con el de la China, yo no soy chino, soy un noble francés. Si tiene usted dudas acerca de la situación financiera de este negocio, puedo probarle que contamos con dos mil quinientos suscriptores á este monumento literario, iconográfico, estadístico y religioso, cuya importancia ha sido generalmente apreciada; nuestros suscriptores pertenecen á todas las naciones de Europa, y en Francia sólo tenemos mil doscientos. Nuestra obra costará unos trescientos francos, y el conde de Nuvión sacará de ella por su parte de seis á siete mil francos de renta, pues su bienestar fué el secreto motivo de esta empresa. Por mi parte, yo no he visto en ella más que la posibilidad de dar á mis hijos algunos gustos. Los cien mil francos que he ganado bien á pesar mío, servirán para pagar sus lecciones de esgrima, sus caballos, sus diversiones, sus profesores de música y pintura, las telas que embadurnen, los libros que quieran comprar y, en una palabra, todos esos caprichos que los padres tienen tanto gusto en satisfacer. Si me hubiera sido preciso negar estos goces á mis hijos, que tanto lo merecen y que trabajan con tanto ardor, el sacrificio que yo me impuse por salvar nuestro nombre me hubiera sido doblemente penoso. En efecto, señor, durante los doce años que me hallo retirado del mundo para educar á mis hijos, he perdido por completo mi influencia en la corte. He desertado de la carrera política, he perdido toda mi fortuna histórica y toda una ilustración nueva que podía legar á mis hijos, pero nuestra casa no habrá perdido nada, pues éstos serán hombres distinguidos. Si la dignidad de par me falta á mí, ellos la conquistarán noblemente consagrándose á los asuntos de su país y prestando servicios

de esos que no se olvidan nunca. Al mismo tiempo que justifique el pasado de nuestra casa, le aseguraré un inmenso porvenir; ¿no es esto haber llevado á cabo una obra hermosa, aunque secreta y sin gloria? Señor, ¿tiene usted ahora algo más que preguntarme?

En este momento se oyó en el patio el ruido de varios caballos.

—Ahí están, dijo el marqués.

Casi al instante, los dos jóvenes, cuyos vestidos eran sencillos al par que elegantes, entraron en el salón con botas de montar, espuelas y guantes, agitando alegremente sus látigos. Sus animados rostros indicaban que rebosaban salud. Ambos fueron á estrechar la mano de su padre; cambiaron con él, como entre amigos, una mirada llena de muda ternura, y saludaron fríamente al juez. Popinot consideró completamente inútil interrogar al marqués acerca de sus relaciones con sus hijos.

—¿Se han divertido ustedes mucho? les preguntó el marqués.

—Sí, papá. Hoy, por primera vez, he derribado de doce tiros seis muñecos, dijo Camilo.

—¿Adónde habéis ido á pasear?

—Al bosque, y allí hemos visto á mamá.

—¿Y se ha parado á hablar con vosotros?

—Íbamos tan aprisa en aquel momento, que creo que ni siquiera nos ha visto, respondió el joven conde.

—Pero, entonces, ¿por qué no habéis ido vosotros á verla á ella?

—Papá, dijo Clemente en voz baja, me ha parecido observar que no le gusta que le hablemos en público. Somos ya demasiado grandes.

El juez tenía el oído bastante fino para oír esta frase, que hizo fruncir las cejas al marqués. Popinot se complació en contemplar el espectáculo que le ofrecían el padre y los hijos. Sus ojos, llenos de ternura, fijábanse siempre en el rostro del señor de Espard, cuyas facciones, actitud y modales representaban la probidad bajo la forma más hermosa, la probidad espiritual y caballeresca, la nobleza en toda su hermosura.

—Ya... ya... ve usted, señor, le dijo el marqués recordando su tartamudez, que... que... la justicia puede entrar... a...a...aquí... á... todas horas, sí... á... todas... horas. Si... si...

ha...ha...hay locos aquí, serán estos niños, que es...es...están locos por su padre y el padre es...está lo...lo...loco por ellos. Pero esta locura es de buena ley.

En este momento se oyó en la antesala la voz de la señora Jeanrenaud, que penetró de pronto en el salón, á pesar de las observaciones que le hacía el ayuda de cámara.

—Yo no admito cumplidos, gritaba. Sí, señor marqués, dijo haciendo un saludo general, necesito hablarle á usted al instante. ¡Pardiez! veo que aun he llegado demasiado tarde, porque ya está aquí el juez de lo criminal.

—¿De lo criminal! dijeron los dos niños.

—Estando usted aquí, ya me explico que no le encontrase á usted en su casa. ¡Ah! ¡bah! la justicia siempre anda lista cuando se trata de hacer daño. Señor marqués, vengo á decirle que puesto que nuestro honor está amenazado, mi hijo y yo hemos acordado devolverle á usted todo lo que nos ha dado. Mi hijo y yo preferimos restituirselo á usted todo, antes que causarle el menor pesar. A decir verdad, es preciso ser estúpido como un gusano para querer incapacitarle á usted.

—¡Incapacitar á nuestro padre! gritaron los dos niños abrazándose al marqués. ¿Qué pasa?

—Silencio, señores, dijo Popinot.

—Hijos míos, dejadnos, dijo el marqués.

Los dos niños se fueron al oír al marqués, sin hacer ninguna objeción, pero llenos de inquietud.

—Señora, dijo el juez; las sumas que el señor marqués les ha entregado, se las debía á ustedes legítimamente, aunque hayan sido devueltas en virtud de un principio de probidad, muy raro hoy. Si las gentes que poseen bienes confiscados de cualquier modo que fuese, aun por medios péfidos, estuviesen obligados después de ciento cincuenta años á hacer restituciones, habría en Francia pocas propiedades legítimas. Los bienes de Jacobo Cœur enriquecieron á veinte familias nobles, y las confiscaciones abusivas llevadas á cabo por los ingleses en favor de sus partidarios cuando los ingleses poseían una parte de Francia, fueron el origen de la fortuna de varias casas nobles. Nuestra legislación permite al señor marqués disponer de sus rentas sin que pueda ser acusado de disipación. La interdicción de un hombre se basa en la ausencia de toda razón en sus actos; pero en este caso, la causa de las donaciones que les ha hecho á ustedes estriba

en los motivos más sagrados y más honrosos. De modo que puede usted guardarlo todo sin remordimientos y dejar que el mundo interprete como quiera esta hermosa acción. En París, la virtud más pura es objeto de las más sucias calumnias, y es digno de lamentar que el estado actual de nuestra sociedad contribuya á hacer sublime la conducta del señor marqués. Para honra de nuestro país, desearía que semejantes actos no asombrasen aquí á nadie, pero las costumbres son tales, que, por comparación, me veo obligado á considerar al señor de Espard el que debiera coronarse en lugar de amenazarle con un juicio de interdicción. Durante mi larga carrera judicial, no he visto ni oído nunca nada que me haya conmovido tanto como lo que acabo de ver y oír. Pero no tiene nada de particular que yo haya visto hoy que la virtud es practicada por los hombres que pertenecen á la clase más elevada. Después de haberme explicado de este modo, espero, señor marqués, que no dudará usted de mi silencio y que no le ofrecerá á usted cuidado alguno la sentencia que yo he de dictar, si es que el juicio llegara á celebrarse.

—Está bien, esto sí que es un juez, dijo la señora Jeanrenaud. Mire usted, querido señor, entiendo que habla usted como un libro, y si no fuese tan fea como soy le abrazaría.

El marqués tendió la mano á Popinot y éste la estrechó dulcemente entre las suyas dirigiendo á este gran hombre de la vida privada una mirada llena de penetrantes armonías, á la que el marqués respondió con una amable sonrisa. Estas dos naturalezas, tan francas y tan ricas, la una plebeya y divina, la otra noble y sublime, se habían puesto al unísono suavemente, sin choque, sin entusiasmo pasional, cual si dos luces puras se hubiesen confundido. El padre de todo un barrio se consideraba digno de estrechar la mano de aquel hombre dos veces noble, y el marqués sintió en el fondo de su corazón un no sé qué, que le advertía que la mano del juez era una de aquellas manos de las cuales brotan incesantemente los tesoros de una inagotable caridad.

—Señor marqués, añadió Popinot despidiéndose; tengo la satisfacción de decirle á usted que, desde el principio de este interrogatorio, comprendí que mi escribano sería inútil.

Después, aproximándose al marqués, le tomó por el brazo, y llevándole al alféizar de una ventana, le dijo:

—Caballero, me parece que ha llegado ya la hora de que vuelva usted á unirse á su esposa, pues en este asunto la marquesa ha obrado movida por influencias que debe usted combatir desde luego.

Popinot salió, volviéndose varias veces desde el patio y desde la calle, enternecido por el recuerdo de esta escena, que pertenecía á la clase de aquellas que se implantan en la memoria para reaparecer á ciertas horas en que el alma busca consuelos.

—Me convendría mucho esa casa, se dijo el juez mientras se encaminaba á la suya.

Al día siguiente, á eso de las diez de la mañana, Popinot, que había redactado la vispera su informe, se encaminó á la Audiencia con la intención de dictar pronta y justa sentencia. En el momento en que entraba en el vestuario para tomar allí la toga y colocarse el birrete, un alguacil se presentó á decirle que el presidente de la Audiencia le rogaba que pasase á su despacho, donde le esperaba, y Popinot se encaminó á él inmediatamente.

—Buenos días, mi querido Popinot, le dijo el magistrado conduciéndole al alféizar de una ventana.

—Buenos días, señor presidente. ¿Hay algún asunto grave?

—No, dijo el presidente; una nimiedad. El ministro de Justicia, con quien tuve el honor de comer ayer, me llamó aparte para decirme que había sabido que había usted ido á tomar un té á casa de la señora de Espard, de cuyo asunto está usted encargado, y me dió á entender que sería conveniente que no dictase usted sentencia en esa causa.

—¡Ah! señor presidente, puedo asegurarle á usted que salí de casa de la marquesa de Espard en el momento en que iban á servir el té. Por otra parte, mi conciencia...

—Sí, sí, dijo el presidente; el tribunal entero y la Audiencia toda le conocen á usted perfectamente, y creo inútil decirle los elogios que hice de usted á Su Grandeza; pero ya conoce usted aquel adagio: «No basta que la mujer del César sea honrada, sino que es preciso también que lo parezca». De modo que no hagamos que esta nimiedad sea cuestión de disciplina, sino una cuestión de conveniencia. Aquí entre nosotros le diré que se trata, más bien que de usted ó de su conducta, de otros intereses.

—Pero, señor presidente, si supiese usted la clase de... dijo el juez intentando sacar su informe del bolsillo.

—Estoy persuadido de antemano de que ha obrado usted en este asunto con la más estricta independencia. Yo mismo, en provincias, siendo juez sencillamente, he tomado más de una taza de té en casa de quienes tenía que juzgar; pero basta que el ministro me haya dicho esto, y que se pueda hablar de usted, para que la Audiencia corte toda discusión respecto de este punto. Como las armas no son iguales, todo conflicto con la opinión pública es siempre peligroso para un cuerpo constituido, aun cuando tenga razón. El periodista puede decirlo todo y suponerlo todo, y nuestra dignidad nos prohíbe hasta responder. Por otra parte, he conferenciado sobre este asunto con su presidente de usted, y éste acaba de conferir este asunto al señor Camusot. Es una cosa arreglada en familia. En fin, le pido á usted la recusación como servicio personal, y en cambio obtendrá usted la cruz de la Legión de honor, que tan merecida tiene usted hace ya tiempo.

Al ver al señor Camusot, juez recientemente llamado á París de un juzgado de provincias y que avanzó saludando al juez y al presidente, Popinot no pudo contener una sonrisa irónica. Este joven, rubio y pálido, lleno de ambición oculta, parecía dispuesto á absolver y á condenar, á gusto de los magnates de la tierra, lo mismo á los culpables que á los inocentes, y á seguir más bien el ejemplo de los Laubardemont que el de los Molé. Popinot se retiró saludando al presidente y al juez, sin dignarse siquiera desmentir la falsa acusación hecha contra él.

París, febrero de 1836.

## PEDRO GRASSOU

Al teniente coronel de artillería  
Periollas, como testimonio  
de afectuosa estimación del  
autor,

DE BALZAC

Siempre que habéis ido seriamente á ver la exposición de las obras de escultura y de pintura, como acaece desde la revolución de 1830, ¿no se ha apoderado de vosotros un sentimiento de inquietud, de aburrimiento y de tristeza al ver largas galerías obstruidas? Desde 1830, el salón no existe ya. El Louvre ha sido tomado por asalto por segunda vez por el pueblo de los artistas que ha sabido mantenerse en él. Ofreciendo antaño la flor de las obras de arte, el salón suponía los más grandes honores para las creaciones que en él estaban expuestas. Entre los doscientos cuadros escogidos, el público escogía aún, y la mejor obra maestra recibía una corona de manos desconocidas. Se promovían apasionadas discusiones con motivo de un cuadro. Las injurias prodigadas á Delacroix y á Ingres, no contribuyeron menos á su renombre que los elogios y el fanatismo de sus partidarios. Hoy, ni el público ni los críticos, se apasionaron ya por los productos de aquel bazar. Obligados á hacer la elección de que se encargaba antes el jurado de examen, su atención se cansa de este trabajo, y cuando se va á acabar ya, la exposición se cierra. Antes de 1817, los cuadros admitidos no pasaban nunca las dos primeras columnas de la larga galería donde están las obras de los maestros antiguos, mientras que este año llenaron todo aquel espacio, con no poco asombro del público. El género histórico, los cuadros de caballete, el paisaje, las flores, los animales y la